

Literatura y globalización: una reflexión generalista

JEFFREY CEDEÑO MARK

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

Los criterios de inclusión y exclusión en literatura no los puede decidir el Estado, como no los puede decidir la empresa privada. Las grandes transnacionales de la literatura cada vez están apostando más a las propuestas sencillas, y hay algunas buenas y otras malas. Si no equilibras el funcionamiento del campo literario privado, llegará un momento en que todo el mundo tendrá que escribir como Dan Brown, el de El código Da Vinci. Si le dejas el campo literario al mercado o al Estado, y no dejas que sean los propios escritores, lectores, críticos los que manejen ese campo con mayor flexibilidad, vas a tener una literatura muy mala.

GISELA KOZAK

Lo que muchísimos teóricos denominan “globalización” constituye, antes que un sistema de equivalencias, una estructura y un proceso contradictorio y ambivalente... porque la circulación global de significados, prácticas y conocimientos presenta, en el mundo contemporáneo, cualquier tipo de obstáculos y desafíos en diversas y entrecruzadas escalas: gubernamentales, militares, administrativos, logísticos y tecnológicos; económicos, políticos, sociales y cul-

turales; éticos, morales e ideológicos... La enumeración puede no decir mucho, o casi nada, pero no es retórica, es decir, indica fases y obstáculos por superar, en algunas ocasiones infranqueables. Los resultados o las soluciones de tales (des)encuentros son disímiles, no necesariamente armónicos, y constituyen sin duda una prueba en el tiempo. Dentro de este contexto colmado de dificultades, pretendidamente global, la literatura y, en suma, los objetos estéticos y culturales, si bien responden a precisas condiciones (pero, al mismo tiempo, a enormes diferencias) de producción, no pueden excluir una asimétrica, contingente y contradictoria multiplicación de prácticas, discursos y significados en los órdenes de la circulación y la recepción sociocultural.

Más allá de las contingencias posibles, de los esencialismos declarados, o de los francos indeterminismos, presenciamos hoy el avance de una inquietante gramática de representación a la hora de considerar tanto la *descripción conceptual* como la *significación histórica* de los objetos culturales. Entre una y otra, surge al punto la pregunta —o, con otras palabras, la responsabilidad— por los alcances de ciertas capacidades del texto literario —la narración, la imaginación, la libertad, la complejidad y la exigencia, entre tantas otras aristas— cuando a su vez se trata de establecer y pensar el sentido histórico, estético y crítico de la literatura en un mundo social globalizado. Las reflexiones siguientes apuntan a un grado de generalidad, ciertamente, pero en modo alguno olvidan la formación de categorías irresueltas y en discusión: la literatura es la primera y, también, la última de ellas.

I

“¿Cuánta ignorancia de la existencia profunda de las culturas está en el fondo de la leche descremada, baja en calorías, deshidratada y sin sabor?”, nos pregunta Laura Esquivel en *Íntimas suculencias* (1998). La interrogante no resulta en modo alguna gratuita, si consideramos que la entrada y circulación de diversos bienes y productos culturales —gracias a la migración transnacional del capital— genera transformaciones, rupturas y reinventiones socioculturales en la vida ordinaria, en la vida de todos los días: Esquivel plantea, desde la cultura *light*, un desplazamiento que, en realidad, describe una

carencia, una falta de conocimiento histórico y cultural en la construcción identitaria individual y colectiva.¹

Revisemos someramente el término: según las definiciones que ofrecen diccionarios como el *Webster*, el significante *light* remite a un maridaje de significados que giran alrededor tanto de la producción —fácil de producir, industria o maquinaria de productos insignificantes—; como de la especificidad misma del producto/objeto —digerible, casi inmaterial o inexistente—; su alcance semántico —ligero, superficial—; el modo de proceder —poco serio—; las relaciones de delimitación recíproca que explicitan una “norma” —menor en relación con el peso, la cantidad y la fuerza usuales—; y, también, el juicio de valor que convoca su recepción —de poca importancia—. Vista desde la literatura, se trata de una literatura contradictoria, “desliteraturizada”, es decir, privada en buena medida de su sustancia —cualquiera que sea—; una literatura que tiene menos literatura; que incluso opera por negación o inversión de su significado; por lo tanto, su carencia al mismo tiempo excede su definición.

Nuevamente Laura Esquivel:

¿A qué gobierno le puede interesar que un soldado sienta compasión por el enemigo al que tiene que aniquilar? ¿Que piense en el dolor que va a provocar en la esposa y los hijos de ese hombre al momento de matarlo? O a qué inversionista le agradecería que una anciana se negara a vender su casa ubicada en un área altamente comercial porque en ella nacieron sus hijos y nietos? [...] ¿A quién importan los ríos, las casas, los árboles, los monumentos históricos, los campesinos, los pobres cuando está de por medio el desarrollo económico? ¿Cuál es el valor que tienen en el mercado las emociones? Ninguno. Y tal parece que a muchos les encantaría acabar de plano con ellas para que no interfieran en sus proyectos de desarrollo [...]. Pero a las emociones no se les puede vender tan fácilmente (2005: 96, las cursivas son mías).

Y sí que se pueden, como bien lo materializa la “literatura” de la misma Esquivel en la que el yo y sus emociones —a saber, sus

1 No podemos olvidar que el mercado no logra consumirse en la mera alienación, expropiación y reconversión de significados históricos, o en la ruptura, el residuo o la pérdida cultural, también constituye un espacio capaz de erigir nuevas relaciones —de comunicación y de solidaridad, diría Arendt (Kristeva 2001)— tras la formación de un reservorio (incluso alternativo) de bienes simbólicos y culturales.

pretendidas intervenciones políticas— constituyen el nuevo objeto de consumo de múltiples industrias, desde la cosmética hasta la editorial. El libro de las emociones o *Íntimas suculencias* desea “pensar lo político atravesado por el placer, el humor y los artificios de la seducción” (Amar Sánchez 1999: 197), lo que, más allá de su legitimidad, concluye en algunos casos en una explícita reproducción de las directrices mercantiles de interpelación y reconocimiento del sujeto contemporáneo desde diversos registros de representación e intervención sociocultural: la transgresión espectacularizada, la memoria (intra)histórica de personajes periféricos o subalternos;² el saber terapéutico de la Nueva Era; el exótico realismo de lo sucio, lo sexual y lo abyecto; la búsqueda de un efectista conocimiento histórico y cultural en la globalizada televisión por cable, sin olvidar las diversas aristas para la reafirmación del yo en las redes sociales. Estas narrativas en modo alguno forman compartimentos estancos, más bien tejen una zona de diálogos, superposiciones e hibridaciones en la que la representación abandona mediaciones históricas y al mismo tiempo inéditas porque se desea instantánea y expedita; de este modo, cuerpos y sentimientos organizan una “intervención individual” y aportan una “teleología” (Masiello 2000: 807), una relación de continuidad tras una “ética pedagógica” (Rancière 2010: 55) cuya tarea es la de garantizar la eficacia

2 En el fin del siglo xx, la escenificación de la (intra)historia puede leerse, entre otras posibles lecturas, como la recuperación política de una diferencia cultural. Dice Francine Masiello, con agudeza: “Dentro de este contexto, entonces, no es sorprendente que la forma que domina sea la de la memoria. Así, dándole un cierto toque a la narrativa llana del realismo —que presupone el control de todo exceso o fantasía—, esta práctica de la escritura memorística pretende, ingenuamente, hacer coincidir el fluir de la historia con las propias elecciones subjetivas. Esta forma del género literario presupone que para abordar las tensiones de las zonas de contacto entre memoria y representación no se necesita ninguna información adicional. De este modo, se sitúa un sujeto psicológico dentro del campo de la historia tornándose disponible a todos los lectores. Así, cuerpos y sentimientos organizan la historia y aportan una teleología que enlaza a los individuos y a las familias con las políticas más amplias de la esfera nacional e internacional. Estas prácticas representacionales ejemplifican una tendencia contemporánea de la intervención individual en los fracasos de la historia reciente, un camino de revertir el curso del tiempo, de comprimir los desvíos a través de la pluma, más allá de alertar a los lectores sobre los aspectos de la historia con la cual han estado profundamente familiarizados” (2000: 807).

del arte y la literatura al servicio de cualquier tipo de fines. Aquí la literatura es un medio y no un fin.

En *El libro de las emociones*, Laura Esquivel nos dice “Conócete a ti mismo”, apelando a la máxima délfica de los griegos que, según la autora, invita al “verdadero crecimiento” (2005: 42). Pero Esquivel también revela el mecanismo de este ansiado e histórico deseo: “Uno siempre busca repetir una experiencia a través de las imágenes y las palabras” (44), y esa experiencia se consume en la emoción como fuente del proceso de subjetivación al inscribir un diálogo efectivo —por ético— con el otro: con las emociones podemos, según Esquivel, “descubrir cuáles son las esperanzas, los sueños, los ‘quieros’ y los ‘puedos’ de las personas que nos rodean, ampliando con esto nuestra capacidad de comprensión y de aceptación de los demás” (41). Resulta curioso, por no decir paradójico, que la reconstitución de un tiempo petrificado —idílico— por parte de muchos lectores (y, sumo, de algunos autores) sea, en el fondo, una estructura repetitiva y placentera y, afortunadamente para las fuerzas productivas del mercado, masiva. El enriquecimiento mundano y espiritual que muchos lectores esperan de la literatura puede ser alcanzado y convertido inmediatamente en experiencia significativa, pero también en moneda falsa, por el tráfico mercantil de las ilusiones y emociones dentro de un esquema de simulacros culturales sin alcance político y material alguno. No se trata entonces de una reevaluación y recomposición identitaria e histórica desde lo que la literatura erige por sí misma al interrogar el lenguaje en la construcción de un yo y de un mundo posible, sino de una repetición narcisista que se mira y admira una y otra vez —por medio de códigos culturales establecidos— y en la que el lector no logra superar su propia individualidad más aún cuando se autosatisface como un sujeto ético y compasivo, destinado a la búsqueda de soluciones efectivas y perfectas tras el logro de la felicidad individual. Pero además esta literatura reafirma, como bien lo demuestran *El libro de las emociones*, justo lo que pretende denunciar: la global mercantilización de las identidades y las emociones, todo lo cual interroga y subsume y cuestiona políticas identitarias que se presentan como radicales, incontaminadas y certeras en sus diversas intervenciones sociales y culturales.

La paradójica valorización mercantil en la autoconstrucción política del yo le ofrece al lector el cumplimiento de otro deseo:

retornar, sin mayores obstáculos, como “Sujeto de la Historia” (Masiello 2000), justo cuando esta gramática *light* de categorizar la literatura captura y se apropia abiertamente de la carga simbólica de la literatura moderna occidental y, más allá, de la modernidad histórica. Presenciamos, en conjunto, un *simulacro de identidad* —del sujeto, de la literatura y de la cultura moderna—, capaz de exhibir, irónicamente, su valor *posthistórico* al participar en los reordenamientos y entrecruzamientos temporales y discursivos regulados por las políticas de producción y recepción de la mercadotecnia en sus trazados globales.

El continuo reemplazo de la cultura histórica por las formas estandarizadas e indiferenciadas de la cultura masiva y la cultura industrial, si bien ha generado resultados disímiles, hiere en algunos casos un largo y arduo trabajo social —irreductible al rol hegemónico de la burguesía— en la creación y el sostenimiento del valor comunitario, cognitivo, crítico e histórico de la literatura en el mundo occidental: un pensamiento y un conocimiento sobre y desde la palabra escrita cuya memoria resguarda y, también, reinventa, no solo subjetividades individuales y colectivas, sino también un valor de representación tras una lectura e interpretación del mundo. Desligada de una tradición social significativa y de sus históricas formas autorreflexivas y autorreferenciales, la reificación de la literatura ha encontrado un terreno fértil para cualquier tipo de resemantizaciones sociales y culturales. Así, por ejemplo, la literatura *light* es, hoy, para muchos, la *literatura*: esta es la autoridad social que erigen y con la que se identifican y acreditan millones de lectores en el mundo.

En el reverso de la literatura *light* presenciamos una experiencia individual que, hoy, se precisa fracturada y sin sentido, vulnerable, de ahí la necesidad —ineludible— de erigir (auto)conocimiento. Esta incesante búsqueda de la esencia del yo se encuentra las más de las veces despojada de todo historicismo y de toda acción política justo cuando se rinde o se codifica de acuerdo con la estructura masiva de discursos y simulacros —supuestamente emancipadores— fabricados por una dúctil psicoterapia globalizada. No creo, como lo sostiene Helena Béjar —en su excelente artículo—, que esta versión popularizada de la psicología “constituye un nuevo régimen de verdad y virtud que ha desplazado a los regímenes teológicos y morales” (2011: 347). Antes bien, presenciamos una formación

discursiva —la literatura de autoayuda, la literatura *light*, la vida *diet*, la Era de Acuario— que ha cooptado, reemplazado, hibridado, pero en cualquier caso resignificado tales regímenes y algunos otros —el político, por ejemplo y, más allá, el estético— en la medida en que el Yo desaloja la conflictividad psíquica con el Otro para abrazar un ideal de felicidad que solo se cumple —irónicamente— cuando el bienestar alcanza *todos los órdenes de la vida* hasta conformar el universo utópico de subjetividad estable, feliz e invulnerable..., redimida. Por lo tanto, la historia pierde su sentido crítico a la hora de valorar la vida individual y colectiva.

La literatura *light* se suma a una cultura terapéutica —masiva y popular al tiempo— que, más allá de una función de (re)conocimiento, tiene como objetivo “la autocorrección”: “De hecho, la fase introspectiva se hace necesaria de camino a la rectificación o salida de un ‘mal’ cuya identifica también supone adherir a la determinación de normal-anormal presente en esta misma cultura” (Papalini 2013: 172). Esta práctica normativa resulta comprensible: la mercancía *light* jerarquiza el consumo al margen de cualquier efecto malicioso; su casi inmaterialidad sirve a un disciplinamiento del yo cuyo placer y beneficio se entroniza, justamente, en el límite: aquí resguarda con propiedad —no podía ser de otra manera— su definición. Así las cosas, presenciamos un sujeto que debe arreglar o, mejor aún, eliminar defectos; ajustarse, conformarse o sujetarse a una regla; debe dejar o apartarse totalmente de *algo* para renacer en la seguridad y en la garantía de un mundo deseado por idealizado. Hoy, cierta literatura no es más que el espacio de las soluciones personales, morales, políticas e ideológicas.³ Esta “solución final” en ocasiones trasciende la indiferencia que convoca el placentero conformismo del mundo privado y puede alcanzar diversas formas de socialización, pertenencia y acredita-

3 Se trata, sí, de una definición de deseos y valores, como bien lo recuerda D. W. Harding: “Lo que a veces se denomina como cumplimiento del deseo en las novelas y en las obras... puede describirse de manera más plausible como formulación del deseo y la definición de los deseos. Los niveles culturales en los cuales procede pueden variar mucho: el proceso es el mismo... Parece más cercano a la verdad... decir que las ficciones contribuyen a definir los valores del lector o el espectador, y quizás a estimular sus deseos, más que suponer que satisfacen el deseo mediante algún mecanismo de experiencia vicaria” (en Iser 1987: 242).

ción comunitaria ocupadas en contrarrestar (o apoyar) política e ideológicamente —con resultados variables— otras fuerzas sociales también centradas en alcanzar la felicidad de las multitudes: el mercado o el Estado, por ejemplo.

II

Tanto la crítica literaria marxista como los Estudios Culturales señalaron que el arte y literatura moderna occidental redujeron sus historias a un asunto de tradición y ruptura, evolución y revolución, imitación e innovación, siempre tras una metafísica sustraída de la Historia, correlativa, además, con la formación de la clase burguesa. Esta política de representación trató de evidenciar relaciones de poder aún más complejas y no gratuitamente en las últimas décadas del siglo pasado las políticas de identidad articuladas en movimientos sociales reorganizaron perspectivas y significados tradicionales y hegemónicos dentro del campo sociocultural. Si bien legítimo, el surgimiento del relativismo cultural ha obviado en gran medida la extenuante sedimentación histórica que cristalizó la literatura en el mundo occidental como narración autorreferencial y autorreflexiva, es decir, como discurso estético, crítico, cognitivo y público, tras un sentido comunitario capaz no solo de excluir, también de *reliqar* —y, al tiempo, *desestabilizar* y *transcender*— clases, géneros, razas y geografías. Todas inconmensurables con la representación literaria, enclave de distancias, reconversiones, indeterminaciones y autonomías, como bien lo estudió la teoría de la literatura del siglo xx.

En cualquier caso, lo que resta del valor de lo nuevo en la idolatría del arte y el progreso moderno ya ni siquiera es el kitsch en tanto retorno crítico o paródico del pasado en el presente, sino la franca mercantilización de una literatura que, muchas veces bajo la pretendida reafirmación política de la identidad, desaloja lo político y la historia y, en esa justa medida, la vida, en tanto una formación irreductiblemente heterogénea y contradictoria. Resulta claro entonces que, hoy, poner el pie en la identidad es, de algún modo, pisar el maleable terreno del mercado.

Para no pocos críticos literarios y culturales contemporáneos el texto literario debe funcionar “como cualquier otra trama o artefacto simbólico-cultural, no para fijar identidades, sino para facilitar

identificaciones” que, dentro de un territorio existencial, “dé cuenta de la formación de subjetividades” (Moraña 2003: 150). Esta definición del texto literario es válida, ciertamente, pero la jerarquización de la literatura como un operador de identificaciones y formaciones subjetivas bien podría (o no) entrelazarse con las fuerzas productivas de carácter (trans)nacional que requieren —justamente— de continuas y desplazadas identificaciones como energía motriz del intercambio y acumulación de capital, en un mundo donde predomina una “sensibilidad social proclive a instancias rápidas de identificación y movilización emotiva” (Papalini 2013: 170). Así las cosas, la literatura es vista como un “discurso más” —en naturaleza, forma, calidad y cantidad— dentro de la equivalencia general que convoca el intercambio en el mundo social contemporáneo.⁴ Esta idea sostiene muchas veces un relativismo discursivo e identitario en el que “todo vale”, lo que podría concluir en un conformismo cuya inercia es el reverso, sí, de un populismo que en principio se tilda democrático, celebratorio por lo demás, pero unos pasos más allá, sirve a intereses francamente económicos e ideológicos.

El abandono de la literatura en el mar indiferenciado de las prácticas discursivas contemporáneas alcanzó en sus versiones más extremas la retirada de la historia y la teoría literaria en tanto formalizaciones que, en grueso, validan, no lo olvidemos, la noción de literatura como una “cambiante conciencia práctica” (Williams 1997): aquella que indaga en la palabra y en el imaginario una relación estética —es decir, siempre renovada y vicaria— con el mundo. Si bien la distinción conceptual de la literatura resurge como una

4 En este sentido, al discutir la relación entre la literatura, los medios masivos y los estudios culturales, concuerdo con Françoise Perus cuando sostiene que “disolver la literatura, la gran literatura, la tradición humanística en ese discurso masivo donde lo queramos o no se impone el discurso sin cuestionamiento de la relación entre el mundo y su representación. Y la gran tradición humanística sí mantiene esa gran pregunta que no la podemos resolver con una teoría única. La pregunta tiene que seguir abierta y seguirá abierta y el problema se seguirá renovando, pero esa pregunta no se puede abandonar. Entonces volvemos a ¿a qué...? ¿No hay distancia entre el mundo, la experiencia del mundo, la representación en el lenguaje, la representación artística, el lenguaje de la realidad? Es decir, vamos derecho al pensamiento único y eso sí sería grave. De ahí mi inquietud por volver a problematizar la relación, no directa obviamente entre el mundo y su representación literaria, sino la relación de la forma artística con los discursos sociales, las tradiciones” (en Grijalva 2000: 884, las cursivas son mías).

categoría de lo posible, siempre en conflicto, el restablecimiento de la semántica histórica de la literatura —de su relativismo, como dice Rancière (2009)— desvela tanto preguntas como respuestas que abrevan sus fuentes en la *representación*, el clivaje que nos recuerda una *diferencia*: no todos los textos y discursos son iguales.

En el fin del siglo xx, la no equivalencia entre las políticas de representación e interpretación de la literatura que agencian los autores, los conglomerados editoriales, las instituciones académicas, estatales y sociales, el periodismo cultural, las tecnologías digitales emergentes y una masa de lectores altamente heterogénea, cuestiona, ciertamente, cualquier esencia de lo literario, pero, a su vez, posibilita la permanencia y transformación del concepto. Una transformación que en modo alguno se produce en un vacío teórico, mucho menos histórico, si bien no se trata de un retorno beligerante a la tradición: el límite de la postmodernidad literaria es “el concepto mismo de literatura, que la postmodernidad no suprime” (González en Ludmer 1994: 21).

La conquista epistemológica y política de la diferencia cultural por parte de la racionalidad postmoderna acentúa y, por lo tanto, extiende los fines políticos a la ética, a la cultura, a la literatura, al arte..., pero tal redistribución discursiva —que es, también, un ejercicio de poder— exige en modo alguno una sobredeterminación de la estética y la literatura por la política, aun cuando las demandas en este sentido se hayan acentuado en las últimas décadas. Más bien requiere una fuerte interrogación sobre la estética —en tanto representación, concepto y práctica cultural— dentro de la estetización/espectacularización generalizada del mundo que agencian los procesos de globalización en sus diversas escalas de intervención, y, también, dentro de la esfera pública considerando sus diversos actores y demandas.

Más allá de las asimetrías en los órdenes de la producción, la distribución, el consumo y la reproducción cultural que trazan la literatura y el mercado en el mundo social contemporáneo, no creo que las posibilidades de la literatura y la cultura *in extenso* se recorten de manera exacta sobre la expansión e intensificación mercantil en sus diversas fases y en sus simplificaciones organizacionales sobre discursos, emociones y representaciones. Mientras el arte y la política constituyan fenómenos del mundo público (Arendt 1996: 231) —sin duda un espacio en modo alguno natural y, además, un valor

a resguardar, una esfera a defender tras una crítica indeclinable de las formas hegemónicas de la comunicación colectiva— la propiedad de la cultura se encontrará en franca e irremediable disputa. Una disputa que no puede desconocer la historia como un sentido crítico, cognitivo y estético de la literatura en sus diversas inscripciones y definiciones identitarias y sociales.

Bibliografía

- AMAR SÁNCHEZ, Ana María y Ana María Zubieta (comps.) (1999): *Letrados iletrados. Representaciones de lo popular en literatura*. Buenos Aires: EUDEBA.
- ARENDT, Hannah (1966): *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre reflexión política*. Barcelona: Península.
- BÉJAR, Helena (2011): “Cultura psicoterapéutica y autoayuda. El código psicológico-positivo”, en *Papers*, 96/2, pp. 341-360.
- BUSTILLO, Carmen (2000): *Una geometría disonante: imaginarios y ficciones*. Caracas: eXcultura.
- ESQUIVEL, Laura (2005): *El libro de las emociones*. Barcelona: Random House Mondadori.
- GRIJALVA, Juan Carlos (2000): “En torno a la crítica, la literatura, los Estudios Culturales y los medios masivos. Una entrevista con Françoise Perus”, en *Revista Iberoamericana*, 193 (octubre-diciembre), pp. 879-887.
- ISER, Wolfgang (1987): “El proceso de lectura: enfoque fenomenológico”, en José Antonio Mayoral (comp.), *Estética de la recepción*. Madrid: Arco, pp. 215-244.
- KRISTEVA, Julia (2001): “Hannah Arendt: política y singularidad”, en *Concordia*, 39, pp. 89-104.
- LUDMER, Josefina (1994): *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- MASIELLO, Francine (2000): “La insoportable levedad de la historia: los relatos best-seller de nuestro tiempo”, en *Revista Iberoamericana*, 193 (octubre-diciembre), pp. 799-814.
- MORAÑA, Mabel (2003): “Literatura, subjetividad y estudios culturales”, en *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar/Ediciones Abya-Yala, pp. 147-152.

- MORETTI, Franco (1985): “Literatura de masa”, en VV.AA., *La cultura del 900*. Vol. 2. Ciudad de México: Siglo XXI, pp. 9-13.
- PAPALINI, Vanina (2013): “Recetas para sobrevivir a las exigencias del capitalismo (O de cómo la autoayuda se volvió parte de nuestro sentido común)”, en *Nueva Sociedad*, 245 mayo-junio, pp. 163-177.
- RANCIÈRE, Jacques (2009) *La palabra muda. Ensayo sobre las contradicciones de la literatura*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- (2010): *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.
- TRILLING, Lionel (2018): “Sobre la enseñanza de la literatura moderna”, en Lionel Trilling, *El derecho a escribir mal. Ensayos literarios*. Madrid: Tres Puntos, pp. 219-248.
- WILLIAMS, Raymond (1997): *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.